





NO TENDRÁS TIEMPO  
DE LLEVAR FLORES



Narciso Vega García

NO TENDRÁS TIEMPO  
DE LLEVAR FLORES



Primera edición: octubre de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Narciso Vega García

ISBN: 978-84-18958-12-0

ISBN digital: 978-84-18958-13-7

Depósito legal: M-26058-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mis abuelos José y Antonia, por el coraje que demostraron  
al enfrentar los infames años de guerra y posguerra civil española  
sin bajar la mirada.*

*A mi tía Beni, porque a pesar de que sus alas batieron el viento  
demasiado pronto, dejó a sus sobrinos una infancia para recordar.*

*Y a mi hijo Mateo, el afán de mis días, por todo lo que me queda  
por agradecerle.*



## CAPÍTULO 1

A veces el destino juega con cartas marcadas a lo largo de tu existencia. Sin pararte a pensar mucho más allá, dedicas el tiempo a sobrevivir y no te percatas de lo que acontece a tu alrededor. Las múltiples dificultades que contigo conviven a diario hacen que no tengas tiempo para sentarte a pensar por qué ocurre todo, y de esa manera, en tu vida. Una tarde, rayana ya la vejez, te sientas a reposar los años en una vetusta mecedora y acabas lanzando preguntas al aire:

¿Podría haberlo hecho mejor? ¿Qué sería de mí si los acontecimientos hubieran sido más favorables? ¿Actué como debía a tenor de las circunstancias? La vida te da lecciones pero a veces llegan tarde, no puedes poner en práctica sus enseñanzas porque no es posible comprar el tiempo que no tienes para hacerlo, te apagas irremisiblemente, eres finita.

En el ocaso de tus amaneceres, los ojos cargados de vivencias acuñadas durante años comunican fielmente a los que quieran interpretarlos, sin rastro de engaño, la película de tu existencia. Son muchos los que piensan que el sufrimiento curte, hace fuerte, invulnerable, indolente. Yo nunca me acostumbré a él, no pude o no quise, no lo sé, pero luché con todas mis fuerzas para que no marcara el patrón de mi vida. Pienso que a veces lo conseguí y otras tantas me venció. Ha sido una lucha desigual, a pesar de no buscar ese enfrentamiento, me persiguió de forma imperecedera. Sin quebranto, sin perder la esperanza, le alentaba la idea de hacerse con mis últimos hábitos.

Soy creyente, y lo soy porque la necesidad me obligó, no me arrepiento en absoluto de haber buscado la sobrenaturalidad de un compañero de viaje. En la soledad de los días eché de menos contar a mi familia mis desasosiegos, mi dolor, mi pena negra. Pero tomé una decisión, y en consecuencia actué. Lo que hice, bien o mal, siempre fue pensando en lo mejor para ellos. Lo cierto es que quizá me equivoqué en las formas, aunque con el paso de los años sigo convencida de que el fondo tenía difícil reproche.

Me refugié en Dios. Él ha guiado siempre mi vida y dado sentido a lo que en ella aconteció, a pesar de que su empeño suponía una ímproba tarea no exenta del riesgo probable del fracaso.

Para ser sincera debo decir que no todo fueron penurias, que viví momentos felices junto a los míos, en especial con mi hija, el motor de mi lucha.

Nunca podría haber imaginado lo que se llega a hacer por un hijo hasta que la vida te pone a prueba. El inefable sentimiento maternal inunda tu ser provocando reacciones nunca antes experimentadas. Dignas sin duda de ser explicadas, aunque me temo que no por los mortales.

Al echar la vista atrás revivo momentos que jamás desearía a nadie por la crudeza y frialdad con que se posaron en las ramas de mi inexperiencia. Y otros que recomendaría vivamente experimentar por la intensidad con la que fortalecen el alma.

No soy ejemplo de nada, solo hice lo que mi instinto me dictó, ¿qué se le puede exigir a una niña de 18 años que despierta al mundo como la rosa que siente por primera vez el rocío entre sus hojas? No, no ha sido fácil, pero puedo asegurar que valió la pena tanta lucha.

## CAPÍTULO 2

Con el cabello negro como una noche cerrada, nació Martina en las postrimerías de 1940 en el seno de una familia de comerciantes de clase media-baja localizada en La Coruña, donde sus progenitores se levantaban con el propósito diario de hacer medianamente rentable su negocio, empresa hartó difícil en la época que les tocó vivir.

Su padre, Ernesto Regueiro, regentaba una abacería en el extrarradio de la ciudad. Una zona donde la penuria marcaba el compás del día a día de los vecinos y el hambre se mitigaba con el sueño forzoso de los damnificados.

Su madre, Carmen, ayudaba en el negocio familiar como dependienta, compaginando esta labor con la no menos desdeñable de ama de casa.

La pequeña Martina era la menor de tres hermanas, Rosaura y Emma la precedían. Ya no se la esperaba, nació como por ensalmo, sin consentimiento, por propia decisión.

Unos grandes y vívidos ojos negros como las endrinas contrastaban con el tono níveo de su delicada y satinada piel. Su testimonial boca, enmarcada por sonrosados labios con perfiles imposibles, no podría haberla pintado el mejor de los artistas florentinos. Una naricilla resuelta adjetivaba con desenfado su delicado y pueril rostro. Dulzura de niña.

En los años que siguieron a su nacimiento, España fue asolada por la hambruna; las desigualdades e injusticias camparon por sus respetos en todo el territorio nacional. Y familias enteras sucum-

bieron de inanición ante la imposibilidad de llevarse un mendrugo de pan a la boca.

Los campos de cultivo, yermos, eran violados por los rebuscadores que con sus propias manos excavaban en la tierra, dejándose las uñas en el intento de encontrar una mísera patata que hubiese escapado del asalto de los que por allí habían pasado antes con la misma intención. El país se encontraba sumido en un sueño profundo del que costaba despertar, todo era nuevo para las gentes. Nadie conocía qué podría ocurrir con el reciente régimen impuesto por el dictador, ni su manera de dirigir los designios de un pueblo masacrado por la reciente guerra y con eco en el estómago.

Así las cosas, Ernesto trabajaba con denuedo diariamente en su negocio para vencer las inclemencias de la situación que oprimía a la inmensa mayoría de los españoles, afanándose por demás en que no hiciera mella en el ánimo familiar. El apacible ambiente que se respiraba en su hogar, y el amor que tanto él como su mujer vertían sobre sus vástagos, hacían que tuviera renovadas fuerzas para vestirse de superhéroe a diario y plantarle cara a la abrupta vida cada vez que cerraba tras de sí la puerta de su humilde casa.

Carmen llamó a su hija que correteaba con la curiosidad propia de su corta edad en el jardín colmado de margaritas, rosas y hojarasca que precedía al porche:

—¡Vamos, Martina! Debemos darnos prisa, hoy es tu primer día de colegio y no puedes llegar tarde. Apresúrate, entra en casa y toma el desayuno.

—¡Voy enseguida, mamá! —respondió mientras hacía por recuperar el resuello perdido por las continuas cabriolas abandonadas entre los blancos arriates que jalonaban el parterre.

Martina había cumplido ya seis felices años. Era una niña simpática, muy habladora, resuelta y dotada de una curiosidad impropia de su corta edad. Por contra, sus otras hermanas eran más introvertidas, casi pusilánimes. Rosaura, la mayor, a sus 14 años tenía un carácter difícil que la hacía desabrida al trato. Carmen siempre decía que lo había heredado de su tío abuelo paterno Julián. Hom-

bre de áspero genio, sufrido por todos los que, en mayor o menor medida, tuvieron la desdicha de tratarlo.

La profesora, la señorita Celia, esperó a la puerta del colegio a sus alumnos para darles la bienvenida y acomodarlos en los pupitres dobles de madera de pino. Barnizados a modo como cada año para adecentarlos y enmascarar así las injusticias cometidas con ellos por los inquilinos del curso anterior. Carmen se despidió de Martina, ella, a diferencia de los demás niños, no manifestó signo alguno de descontento al soltar la mano de su madre tras darle un dócil beso en la mejilla. Una nueva etapa se abría ante sus ojos y presentía, aun a su tierna edad, que le iba a encantar explorarla.

Encaminó Carmen sus pasos hacia la tienda. Nada más entrar, encontró a Ernesto tumbado en el suelo con un acceso de tos que le impedía respirar. Su marido levantó los brazos y gesticuló ostensiblemente para indicarle que corriera a buscar a un médico. Ella, presa del nerviosismo que la sacudía, salió a la calle para pedir auxilio, dos transeúntes que en ese momento pasaban por la puerta del negocio se ofrecieron a llevarlo al hospital.

Transcurrieron las horas y, al fin, el doctor que lo atendió se acercó a la sala donde esperaba angustiada la familia para darle a conocer los resultados de las pruebas y el diagnóstico médico.

—¿Es usted, Carmen? —inquirió el doctor.

—Sí, ¿cómo está mi marido? ¿Qué le ocurre, doctor, es grave? —quiso saber preocupada.

—Su marido padece un enfisema pulmonar muy avanzado, sus pulmones están bastante dañados por su adicción al tabaco. La dolencia que tiene suele acrecentarse con la humedad del clima. Y el que tenemos aquí no favorece para nada su mejoría.

—¿Se curará, doctor?

—La afección es crónica, lo que quiero decirle es que tendrá días mejores y otros no tanto. Los accesos de tos serán frecuentes,

aunque con la medicación que le prescribiré también menos intensos. Pero hágame caso, aparte de dejar de fumar, debe procurar pasar temporadas en algún lugar donde el clima sea más seco. Al menos una parte del año, esto contribuiría especialmente a su recuperación.

## CAPÍTULO 3

En los meses que siguieron al diagnóstico de la enfermedad de Ernesto, Carmen no se separó de él ni un instante, vivía en una eterna congoja. Su marido era un hombre fuerte, nunca padeció dolencia alguna y esta, aunque no revestía gravedad extrema, le quitaba el sueño. Sobre todo porque desde que volvió del hospital se había vuelto poco comunicativo. La cubrió de desvelos el que la depresión acabara anidando en el ánimo de una persona como él.

Así las cosas, una noche de verano Carmen reunió a la familia en torno a la mesa de cedro que tenían en el porche —hermosamente decorada con las flores que Martina cortó esa tarde del pequeño, aunque prolífico, jardín que poseía la vivienda—, y mientras cenaban les habló con su habitual sosiego:

—Quiero que sepáis que desde hace algún tiempo me ronda la idea de seguir la recomendación que el doctor que atendió a vuestro padre me hizo para que su salud mejorase.

—Explícate mujer, no sé a qué te refieres —intervino secamente el progenitor.

—El doctor Ferreras insistió en que haría bien a tu enfermedad cambiar el aire húmedo de la ciudad por otro más seco. No quiero verte a diario triste y deambulando de un lado a otro de la tienda con la cabeza baja como si estuvieras contando las baldosas que pisas. Además, el negocio no va como años atrás, apenas da para comer y poco más, creo que a todos nos vendría bien salir de aquí.

—Es cierto que el negocio no marcha como debería, a veces pienso que ya no sirvo para nada y desatendiendo las necesidades

de la familia. No doy un paso sin que me falte el aliento —las últimas palabras temblaron entre sus labios, quebró la voz como un junco en la ventisca y rompió en un sincero llanto que sobrecogió a todos.

—No hables así, querido —musitó Carmen al oído de su esposo y trató de apartarle las manos de la cara—. Somos una familia unida, hemos vencido juntos muchas situaciones difíciles, esta vez no será menos. Los gallegos somos gente recia, curtidos en la adversidad de la vida. Nunca nada nos ha hecho doblar las rodillas, y no será esta la primera vez. He pensado que podría hablar con mi tía Luisa, la que vive en Sevilla, es de natural muy generosa. Desde que murió su marido no ha levantado cabeza, ni siquiera tuvo hijos para su desdicha, y aunque siempre persiguió ese empeño, Dios no la escuchó.

—¿Para qué quieres hablar con ella? —inquirió Ernesto precipitadamente.

—Sevilla es una ciudad preciosa, que regala un cielo turquesa casi todo el año. La luz se asoma a cada rincón de sus calles impregnadas por un aroma a azahar que narcotiza los sentidos del que por ellas transita. Su clima haría mucho bien a tu dolencia. Podríamos iniciar una nueva vida allí, trasladar el negocio y vivir en casa de la tía Luisa durante el tiempo que fuera necesario hasta comprar la nuestra. Estaría encantada de acogernos, ya sabes lo que nos quiere y el desvelo que muestra siempre por las niñas. Dime que sí, querido, hazme caso por una vez en la vida —añadió con tono suplicante en tanto sus ojos líquidos visualizaron esa nueva andadura que estaba dispuesta a emprender con toda la ilusión que cabía en su diminuto y recoleto cuerpo.

—No es tan fácil como piensas, querida —respondió Ernesto bajando la cabeza como queriendo concentrarse en elegir las palabras adecuadas para no desilusionarla—. Este es nuestro hogar, aquí está todo lo que hemos conseguido luchando. Aquí pasamos penalidades, sinsabores y donde hemos sobrevivido a esa maldita guerra sin sentido que casi nos aniquila. Aquí han venido al mun-

do nuestras hijas y nacidos nuestros sueños. No podemos meter todo en una maleta y marcharnos mañana mismo sin mirar atrás. Matando las ilusiones que hicieron que nos levantáramos tras cada tropiezo para mirar al frente cuando ni siquiera teníamos ánimos para vivir —sus ojos vidriosos dieron prueba de la emoción que le embargaba y del sentimiento compungido que destilaban sus palabras.

—Por favor, Ernesto, nunca olvidaremos lo vivido, pero no hay que dejarse vencer por sentimentalismos. Abre los ojos y mira a tu alrededor, hemos de adaptarnos a la situación por la que atravesamos y darle una solución racional sin dejarnos influenciar por el pasado. Ese ya no volverá, todavía tenemos unas niñas a las que educar y darles un bienestar lo más duradero posible. Se lo debemos, hazlo por ellas, por todos —un silencio atronador se hizo entre ambos. Cruzaron las miradas, entrelazaron sus manos como pudorosos adolescentes en el despertar de los sentidos, y no hizo falta musitar ninguna palabra más, todo estaba claro y la decisión, tomada.

En este ínterin, la noche había entrado en madrugada y las niñas se quedaron dormidas recostadas unas a otras vencidas por el sopor propio de la noche veraniega. Sin tener conciencia de la repercusión que tendría en sus vidas la bien intencionada decisión de sus padres.

El día siguiente amaneció radiante, era mañana de un domingo generoso de sol que incitaba a hacer algo distinto y romper así la pesada rutina semanal. Ernesto se levantó contento, jovial, se sentía bien de ánimo y eso ya eran palabras mayores. Incluso se atrevió a silbar desafinadamente mientras rasuraba su cara frente al espejo del aseo, una cancioncilla típica de aquellas tierras gallegas que aprendió durante el servicio militar en Pontevedra. Después de asearse, se arregló con esmero. Camisa blanca de algodón, traje de mil rayas gris marengo, corbata azul estampada con pequeños lunares blancos y zapatos de charol relucientes lo vestían y calzaban. Así de atildado bajó a la cocina donde su prole daba buena cuenta de un contundente desayuno montaños.

—¡Buenos días, queridas mías! Hoy hace un día fantástico, maravilloso de luz, ¿qué os parece si nos acercamos al paseo marítimo y luego almorzamos por aquella zona?

La idea fue acogida por las niñas con gran alborozo. Su alegría fue tal, que empezaron a pegar brincos y a corretear alrededor de la mesa sobre la que momentos antes habían desayunado, su padre rio la escena. Carmen entró en la casa desde el jardín cuando escuchó tamaño jolgorio, al enterarse de la noticia no pudo por más que abrazarse a su marido. Era un simple paseo por la ciudad, algo común, banal. Sin embargo le pareció la mejor proposición en mucho tiempo, la actitud agria que mostraba respecto de la vida en general duraba ya demasiado. Quiso y pudo sentir en ese momento cómo Ernesto volvió a ser el de antes, el hombre que la enamoró por su manera de encarar los problemas y disfrutar de la sencillez de lo cotidiano.

## CAPÍTULO 4

El día 8 de marzo de 1946, la familia Regueiro llegó a Sevilla cargada, además de por un sinfín de maletas y otros enseres de variopinta naturaleza, de un ilusionante proyecto de futuro que contrastaba con el lógico pesar contenido por dejar atrás la tierra que los vio nacer.

Era un día preludio de primavera, el sol en todo lo alto del cielo de la ciudad hispalense sonreía luz regando las calles y casas de amplias fachadas encaladas rematadas con tejas ocre. Donde los gorriones, con su incesante piar y floreados movimientos a modo de donjuanes, cortejaban a su particular Inés embriagados por el perfume de azahar que ya despuntaba de los añejos naranjos. El Guadalquivir, como lengua de plata por la luminosidad de la mañana, discurría enseñoreándose sereno, con parsimonia, sin querer perderse detalle de lo que acontecía en sus dos orillas.

En la estación de autobuses les esperaba la tía Luisa, vestida de domingo y con una sonrisa grabada en el rostro que se dibujó aún más cuando vio bajar de aquel vetusto vehículo a su sobrina y familia. Carmen corrió hacia ella en cuanto puso pie en tierra; las dos se fundieron en un interminable abrazo entorpeciendo el paso de los demás viajeros que se afanaban por abarcar entre sus manos, sin perecer en el intento, los innumerables bultos que componían el equipaje.

—¡Qué alegría cuando me dijiste que os veníais a vivir conmigo! Estás preciosa, querida, cada vez te pareces más a tu madre —balbuceó la mujer con voz trémula y cierto deje de tristeza en

la mirada al recordar a su hermana—. ¿Y mis niñas? ¡Qué lindas y grandes estáis! Habéis crecido mucho desde la última vez que os vi. ¡Hace ya tanto! —añadió melancólica.

Las estrujó a las tres a la vez contra su pecho, obsequiándolas con sonoros y pegajosos besos que Martina trató de borrar de sus mejillas en cuanto tuvo oportunidad.

—¡Hola Ernesto! ¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras lo achuchaba sin contemplación.

—Bien, y agradecido de que nos acojas en tu casa. Te doy las gracias personalmente porque nos la brindaras hasta que nuestra situación económica mejore. Muchos cambios se avecinan, ya hemos dado el primer paso, pero lo peor o mejor está por llegar.

—Sí, tía, todos estamos muy contentos de estar aquí contigo, así podremos disfrutarnos por mucho tiempo —añadió Carmen exultante de alegría.

—Soy yo quien debe estar agradecida por darme el gusto, sois la compañía que tanto necesito. Desde que murió Alberto nada ha sido igual, ese día la tristeza entró en mi casa para quedarse.

La casa de la tía Luisa estaba situada en pleno centro histórico de Sevilla, en la calle O'Donnell. Muy cerca de la Catedral y Giralda, y a tiro de piedra de la calle Sierpes. Era un inmueble de dos plantas con amplia fachada adornada por tres balcones en el piso superior, y dos ventanales en la planta baja con sus correspondientes cierres y rejas labradas sin motivos aparentes pintadas en negro satinado que contrastaban con el blanco cal de la pared.

La puerta de entrada, de madera de castaño con aldabas de hierro forjado, daba paso a un amplio zaguán adoquinado, con muros revestidos hasta su mitad por azulejos cartujanos que representaban figuras típicas del folclore popular andaluz. Atravesado el zaguán, un patio sevillano ocupaba el centro de la nave vestido con macetones de geranios, claveles y hortensias dispuestos alrededor de una cuidada fuente de cerámica que lloraba sin cesar presidiéndolo altanera.

En el piso superior se disponían cinco habitaciones decoradas al estilo indiano, tres de ellas con vistas a la calle. De gruesos mu-

ros y artesonados de caoba, daban un aspecto rústico a la par que acogedor a los aposentos de belleza singular. La vivienda parecía rezumar la tibieza del más añorado de los hogares.

Una vez instalados, la tía Luisa dedicó las siguientes jornadas a servirles de guía por la ciudad a la que amaba, la que la enamoró hacía ya muchos años. Paseándolos por los lugares más típicos, aquellos que aparecían en todas las publicaciones turísticas y que tan conocidos eran. Pero sobre todo, por los rincones más recónditos y arcanos de la tierra del inefable Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bastida (Bécquer).

Ernesto quedó prendado de la villa y de la luz que irradiaba, lo que hizo que su carácter se dulcificara con el paso del tiempo. Consiguió a grandes ratos olvidarse de la enfermedad que le aquejaba. Solo quedaba ya dar el siguiente paso, buscar el lugar adecuado para poner en marcha el negocio y, con esfuerzo y ayuda de Dios, esperar que la ilusionante apuesta que habían hecho deviniera ganadora.



## CAPÍTULO 5

—¡Buenos días, Carmen! Siento mucho lo de tu tía. Yo la conocía poco, recuerdo haber hablado con ella en un par de ocasiones cuando me la encontraba aquí en tu tienda después de dar un paseo por Triana. Siempre me decía que le gustaba mucho este barrio, que habíais acertado al poner en él vuestro establecimiento. Era una mujer rebosante de alegría —comentó Rocío, clienta de Carmen y Ernesto desde que abrieron la abacería en Sevilla.

—Te lo agradezco, Rocío. La verdad es que ha sido como una madre para mí y una abuela para mis hijas, hemos sentido mucho su pérdida. A ella le debemos lo mucho o poco que hemos conseguido en esta ciudad que nos acogió con los brazos abiertos hace ya casi 12 años. Han sido maravillosos, se encargó de que cada día vivido fuera especial para nosotros —su voz se truncó avasallada por la emoción que suponía rememorar tantos gratos recuerdos arracimados en su mente.

De repente, las cortinas de eslabones multicolores que colgaban del dintel de la puerta de entrada al local se descorrieron. Franqueándola una muchacha de negros cabellos ensortijados que se derramaban por sus estrechos hombros hasta alcanzar sin pudor la espalda. De tez clara como el alba y rasgos melifluos. Con enormes ojos oscuros enmarcados por largas pestañas difíciles de limitar, y sonrisa amplia que dejaba contemplar unos dientes nacarinos alineados como cuentas de rosario. Su esbelto cuerpo, de considerable altura y dibujadas formas, se mecía al andar con la cadencia propia de una obertura de Mozart. Sin lugar a dudas de

los que hacían volver rostros a su paso. Era Martina a sus 18 recién estrenados años.

—¡Buenos días, Rocío! —dijo antes de besar a su madre—. Me alegro mucho de volver a verte, hace tiempo que no sé nada de ti. Estoy terminando las prácticas en la academia de peluquería y he perdido un poco el contacto con los clientes. Aunque cuando tengo un hueco me escapo para echar una mano a mis padres. ¿Tú estás bien, no?

—¡Hola, Martina! —contestó solícita—. Sí, bien, con algunos achaques propios de la edad pero no puedo quejarme, la verdad—. Una cree que puede hacer las cosas como cuando tenía 30 años, y ya se va notando el paso del tiempo en los huesos. Cada vez que voy al médico a hacerme una revisión me saca alguna historia nueva, que si la glucosa alta, que si inicio de descalcificación... En fin, que voy a tener que ir menos y que sea lo que Dios quiera. Para cuatro días que me quedan tampoco voy a estar dedicando tres a preocuparme —dijo haciendo un mohín de desinterés—. Estás preciosa, hecha toda una mujer. Seguro que tienes a más de un pretendiente sevillano rondando tu calle. Ten mucho ojo porque los trianeros son muy zalameros y no perderán oportunidad de cortejarte.

—¡Calla, calla, mujer! —intervino Carmen—, no quiero ni pensarlo, es aún demasiado joven para amoríos—. Que disfrute de su juventud y la aproveche de buena manera, que ya tendrá tiempo de enfrentarse a problemas cuando se case y lleguen los críos. La vida hay que exprimirla, eso sí, con cabeza y siendo consciente de lo que se hace. Tanto su padre como yo hemos intentado educarlas para que sean responsables, luego nos lo agradecerán. Las dos mayores ya están casadas con hombres buenos y trabajadores, yo no pido más. Viven sus vidas como quieren o pueden, pero son felices en el día a día. Sin embargo, Martina es diferente, impredecible, impulsiva, me preocupa esa rebeldía que a veces deja escapar. De todas formas, espero que permanezca con nosotros mucho tiempo, es el ruiseñor de mi casa. No sé qué haríamos si algún muchacho le arrebatara con entusiasmo el corazón y la separara de nuestra vera.

En fin, ya veremos qué le tiene guardada la Divina Providencia.

Palabras, no solo palabras. Cargadas de incertidumbre y a la vez tan certeras. Definitorias de una realidad inesperada y no por ello menos temida aun sin saber por qué.

Palabras, no solo palabras. ¡Cuánta verdad encierran! Toda una vida por descubrir, vida que duele a cada paso. Providencia, Divina Providencia.

Palabras, no solo palabras. De qué forma martillearon en la cabeza de Martina durante toda su vida quebrándole el semblante. Frunciendo el pecho de esa niña de 18 años que echó a andar sin muletas.

Sin darte cuenta la vida se escurre entre los dedos como el agua del manantial sorteando los vericuetos de un cauce que discurre enfrentando las piedras que a su paso encuentra, sin saber con qué obstáculo se va a topar en el próximo recodo. La vida, igual que esa agua agitada y turbulenta, porta un destino incierto, prometedor a veces, o al menos así queremos verlo por alimentar nuestras más íntimas ilusiones. Volcamos esperanzas en ella, asumimos riesgos irracionales, nos sacude con vileza si un mal paso damos. Pero a pesar de todos los sinsabores, algunos creen en ese deambular que detrás de cada esquina dolorosa empieza a oler a primavera. A la que cada vez le queda menos para aparecer mostrándose piadosa, sin mácula, con brotes frescos de hierba glauca.

Jean Jacques Rousseau decía que el hombre era bueno por naturaleza. Por lo general se hace difícil llegar a comulgar con tal afirmación, resulta hasta insolente aceptarla como cierta si analizamos de forma individualizada nuestra experiencia vital con los demás. Es necesario profundizar con total dedicación y sin manifiesta indolencia en lo más recóndito del ser humano para llegar a entender, no sin esfuerzo ímprobo, por qué siendo el hombre bueno por naturaleza se comporta de forma desnaturalizada e impía con sus semejantes.

En fin, si Rousseau llegó a aquella conclusión, razones hallaría. Aunque probablemente tendría que emplearse con especial denuedo y hacer uso de exquisitas dotes de persuasión para sacar a Martina de su parecer.



## CAPÍTULO 6

La situación en que se encontraba el país a finales de la década de los 50, avanzada ya la posguerra, no distaba en demasía de la que se vivió en la España de los primeros años. Seguía sumido en una profunda crisis económica y social que motivó el sufrimiento continuado de las gentes de a pie, a las que se les acababan las fuerzas para seguir luchando contra tanta adversidad. Se hundió la producción y el consumo cayó con estrépito. La autarquía económica a duras penas podía contener la inflación y el desánimo de los obreros crecía de un día para otro.

Sin embargo...

Acodados en la barra de aquel restaurante sevillano habitado por camareros de librea, que parecía haber sido diseñado para paladares exquisitos y bolsillos generosos por la excelsa decoración, Alberto y Ricardo apuraban sendos vasos de whisky tratando de ponerse de acuerdo sobre cómo plantear la reunión que se celebraría al día siguiente con los gerifaltes de la empresa naviera con la que pretendían asociarse.

—Tu padre jamás nos perdonaría el que no consiguiéramos un buen acuerdo de colaboración con los portugueses. Ha dedicado mucho tiempo, esfuerzo y dinero para que nuestra naviera amplíe la flota. Y todo pasa por asociarnos con ellos, coparíamos el 70% del mercado naviero, eso supondría unos beneficios extraordinariamente elevados para la empresa —comentó Ricardo con un halo de desesperanza en la mirada.

—Te preocupas en exceso, querido amigo, todo saldrá bien. No podrán rechazar la oferta que le pondremos sobre la mesa, si

son listos la aceptarán. Saben que no pueden competir con nosotros. Además, son conocedores de la gran amistad que une a mi padre con el círculo del Caudillo y con él mismo —repuso Alberto dibujando un gesto de satisfacción en el rostro.

—Desde que tu padre me contrató para que dirigiera la oficina de diseño naval en Santander he sentido vuestra empresa como propia. Llevo 20 años en ese cargo, y nunca escatimé esfuerzo alguno para convertirla en líder del mercado. Ahora estamos a un paso de conseguir ese sueño, me sentiría defraudado si no lográramos la firma, por no hablar de cómo se lo tomaría él. Nos tiraría por la borda de uno de sus barcos con un yunque en los pies.

—Mañana nos reuniremos con el director general y los asesores de Naviera Souza. Les convenceremos para que se unan a nosotros, con total seguridad no tomarán la decisión hasta pasados unos días, así que nos quedaremos aquí una semana más. Mientras esperamos respuesta, disfrutaremos de los encantos de esta maravillosa ciudad, divirtámonos, no todo va a ser planos, contratos y visados. Tengo 30 años y ganas de volar —observó Alberto con su habitual tono despreocupado.

Entrada la madrugada los dos amigos se dirigieron al hotel en el que se hospedaban, situado en pleno barrio del Arenal, por las estrechas callejuelas tapizadas de adoquines cubiertos por el relente de la noche. Sobre los que intentaron mantener el equilibrio, algo a lo que no contribuían los manifiestos efluvios alcohólicos que sus cuerpos destilaban.

En su tránsito por la calle Adriano, y a pocos metros de su lugar de destino, encontraron abierto un local. Que por su aspecto descuidado, el colorido chirriante de la fachada y el atuendo escaso y provocador del personal congregado en la puerta de entrada, debía ser de los llamados de «mala reputación» por los más meapilas del lugar.

—Entremos a tomar las últimas, aún es pronto, la reunión no será hasta esta tarde. Nos dará tiempo a descansar y estar frescos para entonces —propuso Alberto sin dejar de mirar el cuerpo de una chica de dibujadas curvas que se cruzó en su camino.

—No son horas, además, estoy demasiado cansado y borracho como para continuar con la fiesta. Mañana tenemos que estar lúcidos para hacer un buen negocio. Si nos quedamos nada de eso será posible —contestó Ricardo categórico.

—No seas aguafiestas, eres excesivamente responsable para todo y no te das oportunidad de divertirme un poco, de salir de la rutina, ¿sabes que te digo, Ricardo? Eres un amargado y un pésimo compañero de parranda. ¡Déjame solo, anda! No te necesito —su condición natural de jueguista, unida a los efectos del abundante alcohol ingerido hablaron por boca de Alberto.

Ante aquel desplante, Ricardo optó por no contestar, su talante no se lo permitió. Apretó el paso para alcanzar el hotel mientras su compañero entraba en el local saludando a la concurrencia como si los conociese de toda la vida. Franqueó la puerta y se topó con una sala decorada con cortinajes de color púrpura. Mesas bajas vestidas con hules rotulados con irreconocibles motivos sostenían ceniceros donde se arracimaban colillas humeantes. La luz, cegadora, se desparramaba por toda la sala sin llegar a descubrir estratégicos rincones de oscuridad, donde sospechosas sombras se agitaban con buscada fruición. Alberto era un tipo alto, apolíneo, de complexión fuerte y marcados rasgos faciales que le dibujaban un acusado perfil varonil. No pasaba desapercibido entre las féminas, y despertaba tanta envidia como admiración entre los de su mismo género. Su porte de galán, junto a una elegante forma de vestir, le convertía, al menos en apariencia, en un caballero anacrónico de singular estilo que parecía haber salido de una película de época. Todo, unido a su destacada posición social y económica, le imbuía de un halo de triunfador que paseaba ufano y explotaba a conveniencia sin pensar en consecuencias.

Sentado en un taburete con asiento remedo al cuero que se hallaba situado en el recodo de la barra, levantó la mano en un intento de llamar la atención del camarero, que en ese momento se afanaba en dar cuenta del montón de vasos apilados en el fregadero. El empleado se acercó sin prisas, y con voz grave le interpeló:

—¿Qué le sirvo, señor?

—Póngame un bourbon doble —contestó mientras sus ojos revolotearon por aquel tugurio intentando descubrir de primera mano de qué iba todo aquello.

Instantes después el camarero apareció con la copa que le había pedido.

—Disculpe la indiscreción, señor, ¿Es la primera vez que entra en este lugar, no es así?

—¿Tanto se me nota? —contestó preguntando.

—Me temo que la expresión de extrañeza que refleja su cara así lo indica. Le puedo asegurar que aquí podrá pasar un buen rato. La bebida es excelente y la compañía, si la desea, aún más. Digamos que es un lugar «distinto» a los de su estilo. Además, si le gusta el azar también se organizan partidas de cartas en el reservado habilitado que tenemos en el salón contiguo, pero le advierto que las apuestas no son aptas para todos los bolsillos. Este es un lugar frecuentado por personalidades importantes del mundo de los negocios, la política, la farándula, se sorprendería de los nombres que nos visitan. Todos vienen buscando lo mismo, pasarlo bien, pero exigen discreción y confidencialidad; y saben que aquí tienen las dos cosas. El dueño de todo esto es un buen amigo del gobernador civil de la provincia, nada que temer.

—Estoy de paso, he venido a la ciudad por negocios, de hecho a estas horas ya debería estar en la cama, pero esta noche no me gustaría hacerlo solo —le anunció Alberto con la confianza que otorgan más tragos de los debidos.

El camarero salió de detrás de la barra y se le acercó para indicarle, con un lacónico ademán, que le siguiera. Ambos atravesaron la sala central que estaba repleta de gente de los más eclécticos pelajes. Unos bailando, otros en el suelo víctimas de no se sabe qué sustancias limitantes. Los más, permanecían tendidos en sofás rojos de escay, agujereados por el calor de decenas de cigarrillos que allí murieron, obedeciendo a lo que sus lascivos cuerpos les suplicaban culminar. Después de sortear a toda aquella turba agi-

tándose al calor de los inmisericordes focos, llegaron a los pies de una escalera con pasamanos de madera decolorada por el roce, que subieron a grandes zancadas engañando escalones dos a dos por la urgencia de salir de la bulla que dejaron atrás. El camarero precedió a su acompañante en esa tarea. Al alcanzar el piso superior, Alberto observó cómo el empleado repiqueteó con los nudillos en una de las cinco puertas que se divisaban a lo largo del pasillo alfombrado, tenuemente iluminado por quinqués que pendían de las paredes empapeladas a retazos por algún desmañado. De súbito, una voz femenina contestó desde el interior de la habitación para preguntar quién llamaba.

—¡Soy Luis, ábremelo! Vengo acompañado de un amigo —contestó el camarero, que miró alternativamente a ambos extremos de la galería como queriendo cerciorarse de que nadie transitaba por ella en ese momento.

Al instante, el pomo de la puerta giró y esta se abrió lentamente hasta su mitad para dejar entrever a una chica de unos 25 años, rubia de tinte, de grandes ojos verdes esmeralda compañeros de un satinado rostro suplicante de horas de sueño. Un raído albornoz la vestía y un grueso collar de perlas adquirido en cualquier tienda de baratijas, adornaba su grácil cuello a modo de dogal.

—¡Pasad, sentaros por ahí! Siento el desorden, acabo de terminar un servicio y no me ha dado tiempo a nada más —dijo con desaliento en la voz mientras se dejó caer en una vetusta mecedora de anea colocada cerca de la única ventana que ventilaba aquel chiscón.

—Te presento a, a..., no recuerdo su nombre, señor —dijo el camarero cayendo en la cuenta de que ni siquiera se habían presentado.

—Llámeme Jacinto, supongo que le valdrá —contestó esbozando una tibia sonrisa cargada de ironía.

—¡Pues sea! Ella es María, y estará encantada de ser su «amiga» o lo que usted prefiera, don Jacinto. Es una de nuestras mejores empleadas, servil como ninguna. Mejor compañía no encontrará.

Espero que todo esté a su gusto, si desea beber algo no tiene más que decírselo a la chica, sabe cómo conseguir lo que le pida. Ahora debo retirarme, ha sido un placer. ¡Ah! Se me olvidaba —dijo el empleado volviéndose antes de llegar a la puerta a la que ya se dirigía—. María humildemente le solicitará el importe de sus honorarios, le ruego sea generoso con ella y los considere justos, no sería de mi agrado tener que poner en conocimiento de nuestros «abogados» el impago de los mismos. Si le digo la verdad, son demasiado toscos cuando se ponen nerviosos.

—No se preocupe, Luis, el dinero no será problema si esta furcia hace bien su trabajo. Pero le digo, solo a título informativo, que no soy hombre al que le asusten las amenazas. Mis «abogados» trabajan en escenarios mucho más elevados que los suyos, y solo me bastaría mover un dedo para que todo este antro, con usted dentro, quedara reducido a miserables escombros antes de un parpadeo suyo ¿entendió? ¡Que tenga buena noche! —el empleado lo miró, bajó la cabeza con sumisión y salió de la habitación sin decir palabra para no alterar más los ánimos.

—¡Métete en la cama! —gritó a la chica, que asustada permanecía de pie en el centro del habitáculo—. No tengo tiempo que perder, haz tu trabajo para que quede satisfecho y nada te ocurrirá. En otro caso, me tendré que enfadar y te aseguro que no será agradable verme en ese estado —comentó despóticamente en tanto trató de desanudarse la corbata que a esas horas, y en el estado en el que se encontraba, empezó a estorbarle.

El resto de la madrugada transcurrió sin «incidentes» en aquella habitación cargada de tensión. La muchacha se mostró solícita a lo que su cliente le ordenó hacer, suspirando impaciente porque todo terminara. No estaba tranquila, algo había en la mirada de aquel hombre que hacía, aun estando acostumbrada a tratar con todo tipo de individuos, que se le helara la sangre.